

Murámonos Federico

Marina Volio de Trejos

Varias veces, a lo largo del año, hemos dicho que éste ha sido un buen año para el teatro. No hace mucho, cuando entregamos los Premios Nacionales de Teatro, lo dijimos también. Esa noche —la noche de la entrega de los Premios Nacionales de Teatro—, estaba entre nosotros Angela María Torres. Su ausencia, hoy es, posiblemente, el único episodio funesto de una temporada feliz, que sólo esperaba la puesta de Murámonos, Federico para estar completa.

Entre muchas otras cosas, el estreno de esta obra de Joaquín Gutiérrez es un homenaje al talento de un escritor que se empeñó, desde hace mucho rato, en enriquecer la literatura nacional. Es también el homenaje a un grupo de coetáneos de Gutiérrez Mangel, a la llamada generación del 40. Pero, sobre todo, el estreno de Murámonos, Federico, lo mismo que en su momento la publicación de la novela que le ha servido de soporte, es un homenaje a la capacidad de sufrimiento y a la indestructible dignidad del pueblo. De ahí

el orgullo con que la Compañía Nacional de Teatro, con la singular contribución de Alejandro Sieveking, ha emprendido el trabajo de sustraer los personajes de Gutiérrez Mangel de la relativa pasividad de la novela, para darles una voz y una energía humanas en la escena.

El orgullo de representar Murámonos, Federico, no es menor que el que sentimos los que tenemos el privilegio de asistir a su representación. La actuación de los actores y actrices de la Compañía Nacional de Teatro es excelente. Destacan, desde luego, Kitico Moreno y Oscar Castillo pero impresiona, especialmente, la competencia con que un actor chileno, Marcelo Gaete, interpreta un personaje típicamente costarricense. Es, ciertamente, después del desdibujado personaje que le correspondió interpretar en Fuenteovejuna, una excelente oportunidad, que el actor no desaprovechó, para demostrar una vez más no sólo su competencia sino, además, su cariño por esta tierra que complacida lo acoge en sus años de exilio.